

EL ESPACIO DEL TRABAJO



Cecilia Mouat C.
Facultad de Arquitectura y Diseño
UFT

Desde varias miradas

El espacio desde una mirada psicológica es considerado como el centro de la percepción. Desde un punto de vista geométrico, se le atribuye la condición de dar lugar a las dimensiones, mientras que desde la perspectiva física, el problema del espacio se le relaciona íntimamente con la materia y el tiempo.¹

Partiendo desde estas posibles miradas, nos aproximaremos al concepto de “espacio de trabajo” en una dimensión física y arquitectónica, analizándolo como lugar en el cual se desarrolla el trabajo, pero intentaremos también que nuestra aproximación se relacione con la percepción, y desde allí nos preguntaremos acerca del “lugar” que el trabajo ocupa en nuestras vidas.

Christian Norberg-Schulz, en su libro “Existencia, espacio y arquitectura”, dice: “No percibimos simplemente un mundo común a todos nosotros, como sostienen algunos ingeniosos hombres prácticos y realistas, sino mundos diferentes que son producto de nuestras motivaciones y experiencias anteriores”.²

A partir de esa afirmación, ¿cuáles son nuestros referentes anteriores del trabajo? ¿Ha sido entendido siempre de la misma forma que en la actualidad o sólo ha cambiado la manera y la tecnología de su ejecución?

Además de revisar la evolución histórica del trabajo como sistema productivo, es necesario formular otras interrogantes: ¿Por qué trabajamos? ¿Siempre fueron las mismas motivaciones? ¿Cuándo el trabajo se convirtió en el centro de la existencia humana, y qué repercusiones trae consigo este cambio?

Según el breve diccionario etimológico de la lengua castellana de Joan Corominas, la palabra "trabajo" viene del latín *tripaliare* o torturar, derivado de *tripalium*, especie de cepo o instrumento de tortura utilizado en el siglo VI. Desde la Edad Media y hasta nuestros días, el sentido etimológico de la palabra "trabajo" está relacionado con los conceptos de sufrimiento y dolor. A pesar de que para los antiguos y muchos medievales el trabajo manual era menospreciado y se le consideraba degradante y hecho para el hombre inferior, la era moderna llegó a divinizarlo.³

Para los griegos, el trabajo era tarea de esclavos, mientras que el hombre evolucionado se dedicaba al ocio, por estar destinado a pensar sobre los problemas importantes de la sociedad.

Eduardo García de la Sierra, profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, durante un curso sobre el trabajo dictado durante el 2004, afirmó que los principales pensadores sociales han valorizado las actividades humanas según la mayor o menor inmovilidad. De ahí surge la valorización del pensamiento, la teoría, la contemplación o, en forma más general, la ciencia, ya sea matemáticas o filosofía. El pensamiento, dijo, es lo único susceptible de hacernos parecidos a lo que contemplamos, por contagio, y de sustraernos a la acción del tiempo. Se ejerce por el alma o la razón, y no por el cuerpo. Otras dos actividades también valorizadas, particularmente por Aristóteles, son la actividad ética y la actividad política. La primera, denominada también "praxis", es una actividad que tiene un fin en sí misma, y que es valorizada porque se sustrae de toda necesidad. No apunta a otra cosa que a ella misma y no es instrumento ni está al servicio de otros fines. La segunda, la política, permite al hombre ejercer su humanidad a través de la razón y la palabra, y tiene por función hacer cada día mejor aquello sin lo cual el hombre no sería nada: la ciudad. A estas actividades fuertemente valorizadas, ya que surgen de la esfera de la libertad, se oponen las actividades que amarran a las necesidades y que son el polo no valorizado. El trabajo pertenece a ellas.⁴

García de la Sierra, asimismo, sostiene que durante el Imperio Romano, donde se desarrolla y se difunde el cristianismo con una nueva imagen del hombre, comienza la valorización del trabajo, en particular bajo la influencia de San Pablo. "Si alguien no quiere trabajar, que no coma tampoco".⁵

Durante la era industrial de los siglos XVIII y XIX, se empieza a valorizar al trabajo como una necesidad que sostiene la industrialización. En oposición a esa idea, surge el concepto marxista que define al trabajo como la instancia de degradación y alienación del hombre. Se enajena o aliena porque el

producto ya no le pertenece al obrero como en el trabajo artesanal. Se trabaja para otro, por un salario y no por el trabajo en sí. Jacques Elliot da importancia al marco de la organización y la distribución gerencial de tareas y plantea que el ser humano necesita trabajar en un nivel adecuado a sus capacidades, sus intereses y sus valores, tanto que el trabajo puede volverse un elemento poderoso del desarrollo personal, cuando da cuenta del potencial de organización laboral con que el individuo cuenta. En este enfoque, el trabajo es percibido no sólo dentro del marco institucional del empleo sino dentro, también, del marco de las decisiones individuales del trabajador, ya que «trabajar implica analizar, discernir, discriminar, resolver, ejercer destrezas, abstraer conceptualmente y sintetizar, manteniendo intacto el pensamiento previamente diferenciado en la actividad analítica que el trabajo requiere».⁶

En nuestra época, ¿cuántas personas pueden decir que sus trabajos no son sólo empleos que les permiten la subsistencia? ¿A cuántos no les parece una tortura levantarse cada día para asistir a sus lugares de trabajo, y esperan con ansiedad el retiro? En estos casos, no sólo hablamos de trabajo físico que acorta la vida útil, sino de miles de empleos al interior de una oficina.

Es posible explicarnos que para los antiguos el trabajo manual fuera despreciado, ya que antes de la máquina, el trabajo físico implicaba el desgaste del cuerpo y muchas veces generaba malformaciones físicas o síquicas producto de la utilización de ciertos utensilios. Actualmente, aún persisten este tipo de trabajos físicos que implican utilización de la fuerza humana, o aquéllos con exposición del cuerpo a condiciones medioambientales desfavorables, los que no sólo son ejecutados por la población con menos preparación, sino que son los más mal remunerados.

Lo cierto es que ya no es posible referirse al trabajo ni al espacio del trabajo en términos generales, sin tener, en consideración, las condiciones en las cuales se ejecuta, entendiendo el espacio del trabajo tanto desde la mirada física y el lugar en el cual se desarrolla, como desde la percepción y el lugar que ocupa en nuestras vidas.

García de la Sierra sostiene que en la actualidad las sociedades industrializadas, incluso las menos desarrolladas, se enfrentan a una situación paradójica: por un lado, la productividad del trabajo se ha incrementado considerablemente desde hace un siglo, en particular, desde los años 1950. Somos capaces de producir cada día más con cada vez menos trabajo, pero, por otro lado, esa revolución productiva va acompañada de un largo cortejo de lamentaciones, ya que la menor demanda de

trabajo conduce al desempleo de una parte importante de la población activa y, junto a ello, se extiende la miseria económica y aumentan las desigualdades sociales.

Néstor García Canclini, citando un informe del Sistema Económico Latinoamericano (SELA, julio del 2001), señala que uno de los elementos que une a los pueblos latinoamericanos, son las deudas. Cada habitante del continente, al momento de nacer, debe 1.550 dólares. Esta cifra se obtiene del nivel de endeudamiento del país, y en estos mismos países, esa cifra puede corresponder al salario que obtiene un ejecutivo en una semana, o incluso algunos días, mientras que para un campesino, puede ser lo que reciba en un año o incluso en cinco o en diez.⁷

Breve análisis de la evolución de los sistemas productivos

No siempre el entendimiento del mundo y de la producción fue el mismo. En las pequeñas comunidades, el trabajo se organizaba en torno a la familia o clan, y todos sus integrantes se conocían entre sí y ejecutaban el proceso productivo completo. Es decir, eran los responsables del producto final, desde su materia prima hasta su transformación en un objeto definido. El aprendizaje del oficio era a partir de la experiencia, la que se iba transmitiendo de generación en generación. El producto final en este tipo de comunidad era para el uso interno de los comuneros y familia, o un objeto de trueque que podía ser canjeado por alguno que realizara otra familia o clan. En este sistema productivo de manufactura simple, la producción es artesanal; los instrumentos de trabajo que se usan son rudimentarios y la principal fuente de energía es la fuerza muscular humana. La organización del trabajo es a partir de oficios, y la velocidad con que se ejecuta depende exclusivamente de cada miembro que realiza la tarea. En este tipo de organización productiva, el lugar de trabajo es al aire libre o al interior de un taller.

Si se analizan las consecuencias que genera, se puede establecer que existe un alto gasto calórico y físico, una precaria reposición energética, una alta exposición a riesgos, lo que provoca una alta accidentabilidad. Pero también se puede decir que este sistema de producción está fuertemente apoyado en la comunidad social y la familia, no existiendo una ruptura entre la vida personal y la laboral.

Junto al proceso de industrialización y a la necesidad de aumentar la producción para satisfacer las necesidades de grupos de habitantes en poblados, se inventaron máquinas simples que permitieron acelerar el proceso de producción, reemplazando, en muchos casos, las herramientas por la máquina. Esto generó varios cambios en el proceso productivo: el hombre debió

adaptarse a la máquina, la cual impone un ritmo determinado. A la vez, la máquina permite reemplazar la fuente de energía que anteriormente era sólo proveniente de la fuerza muscular humana. Este tipo de organización posibilita diferenciar los procesos, propiciando la especialización del trabajador. Como consecuencia, generó una fuerte monotonía, movimientos repetitivos y comienza la organización de turnos. El trabajador es sometido a largas jornadas sin pausa, causantes de enfermedades psíquicas, físicas y sicosomáticas, alterando además sus relaciones sociales y familiares.

Durante el siglo XIX y con la invención del motor por inyección, comenzó la era del maquinismo complejo, en donde se introdujeron las cadenas de producción. Se genera una división extrema del trabajo, una intensificación del ritmo, una pérdida total del control del proceso, y la incorporación masiva de la mujer. Aparece la fatiga patológica y la depresión. Un buen ejemplo de esta situación es la crítica que presenta Charles Chaplin en la película "Tiempos Modernos".

Durante la primera mitad del siglo XX, el proceso productivo comienza a ser automatizado, y la máquina comienza a ejecutar las tareas, siendo el hombre quién vigila que éstas sean realizadas. Con esto, el trabajador se desvincula completamente del proceso productivo total, interviniendo en sólo una ínfima parte de él. El trabajo se vuelve excesivamente monótono y rutinario. Las consecuencias de la automatización generan un bajo esfuerzo físico acompañado de un alto desgaste psíquico. A partir de la segunda mitad del siglo XX, los procesos de automatización se masifican y los creadores de los productos no se encuentran necesariamente en relación con la producción de ellos, ya que pueden estar a kilómetros de distancia. La automatización va acompañada de la crisis social y familiar y una dificultad para usar el tiempo libre. El trabajador productivo vive en torno a su trabajo. La familia ya no es la principal portadora de redes sociales, sino que éstas se desarrollan en los lugares de trabajo.⁸

Este breve análisis de la evolución de la producción convoca a reflexionar sobre preguntas formuladas por García de la Sierra: "¿Es posible atribuirle al trabajo una dimensión esencialmente liberadora, sin antes romper con su actual dimensión económica?; ¿se puede separar la función original del trabajo (medio de satisfacción de las necesidades de los individuos) de aquella distinta que el soporte doctrinario en nuestras sociedades (la economía) le atribuye y le ordena realizar (el enriquecimiento ilimitado individual y colectivo)? ¿Cómo podrán la economía y la filosofía resolver esos impasses y, en particular, la contradicción mayor entre las lógicas que precedieron la aparición del trabajo en las sociedades antiguas y aquéllas que determi-

nan su desarrollo en la sociedad actual? ¿Queda aún un lugar por inventar o por redescubrir en el trabajo, de manera de redefinir sus funciones y, por tanto, aquéllas de nuestras sociedades fundadas en el trabajo? ¿Cómo y por qué llegamos a considerar el trabajo, la producción y la acumulación de riqueza, como el centro de nuestra vida social e individual, si el trabajo remunerado no siempre existió? ¿Cuáles fueron las razones de esta "invención humana?"

El lugar que ocupa el diseño del espacio de trabajo

Si bien existen ejemplos de edificios que podrían caer dentro de la clasificación de "administrativos" —como el palacio de Uffizi en Florencia, construido en 1560, o el ayuntamiento de Amsterdam que data de 1648 y que hoy se llama el "Royal Palace"—, no son comparables a los denominados edificios corporativos de nuestra época.

La revolución industrial trajo de la mano la necesidad de generar oficinas en donde se pudiera organizar, controlar, planificar y distribuir la producción. Durante el siglo XX y gracias al avance de la tecnología, fue posible concebir edificios en nuevos sistemas de construcción que permitían plantas con menos subdivisiones, espacios más abiertos y la posibilidad de generar concentraciones mayores de empleados.

Junto a esta revolución en los sistemas constructivos, se generan nuevas tipologías de espacios de trabajo: aquéllos que albergan las tareas productivas industrializadas, y que deben dar cabida a las máquinas, y aquéllos que concentran empleados en funciones administrativas y de oficina. Dentro de los edificios industriales, la automatización de las máquinas que va de la mano con la reducción de empleados que intervienen en el proceso productivo, genera un tipo de arquitectura basado casi exclusivamente en la máquina y su buen funcionamiento.

Dentro de los edificios administrativos o de oficinas, las concepciones de diseño han estado fuertemente influenciadas por los cambios tecnológicos: la utilización del computador personal, el teléfono y las redes informáticas, han llevado a una evolución importante en el diseño del mobiliario y del espacio. No es lo mismo un escritorio concebido para escribir en papel y con lápiz, que uno que reciba una pantalla, un teclado y un mouse. A su vez, los empleados en concentración generan nuevas necesidades de climatización, ventilación e iluminación.

El nacimiento de los rascacielos o edificios de gran altura ha generado una fuerte densificación del suelo, y cientos de personas intentando ingresar o salir de un edificio a una misma hora. Este fenómeno ha llevado al desarrollo de sofisticados sistemas

de transporte vertical, y ascensores que funcionan a velocidades antes inimaginables.

Los cambios tecnológicos se han producido a una velocidad tan acelerada que ha superado en muchos casos la capacidad de reacción de los diseñadores. Muy distinto a la evolución de la vivienda. Las características de la vivienda y su directa influencia en la dinámica familiar, o los espacios públicos y su rol social, son temas en que los arquitectos han ganado un lugar de opinión válido ante la sociedad, y ello ha ocurrido, sobre todo, porque se han constituido en temas ampliamente desarrollados como encargo profesional, además de ser frecuentemente debatidos ante la opinión pública.

Es interesante analizar cómo los medios de comunicación son una potente herramienta para que un tema se convierta en centro de la polémica. Claro es el ejemplo de la tercera historia que aparece en el filme chileno "El chacotero sentimental". Esta historia muestra los problemas de intimidad que sufre una pareja por habitar en un reducido departamento de vivienda social en Santiago. La concentración de familiares dentro de un mismo hogar, y las precarias condiciones de aislación acústica de los materiales de la vivienda, impiden que la joven pareja pueda tener una vida normal.

A raíz de esta historia, el tema se llevó al debate público. Aparecieron diversos reportajes en televisión relatando los mismos conflictos, y el Ministerio de la Vivienda comenzó a cuestionar el modelo de vivienda social concebido a través de departamentos de poca superficie, sin posibilidad de crecimiento ni de independencia. Nadie parecía desconocer que la promiscuidad afectaba las relaciones sociales, familiares y emocionales.

En la enseñanza de la arquitectura, la vivienda es el tema más profundizado durante la formación. Si se analiza el tipo de proyectos que un alumno de arquitectura desarrolla durante su carrera, lo más probable es que la vivienda, en distintas versiones y casos, sea el tema más recurrente. Tiene sentido, ya que cerca del 70% de las construcciones en Santiago durante los últimos diez años corresponden a viviendas; por lo tanto, éste será el encargo más habitual para un arquitecto. No hay que olvidar que la familiaridad con el tema responde también a que ninguno de nosotros está ajeno a la experiencia de habitar una casa, y ése es nuestro principal imaginario en donde somos capaces de traer nuestras propias experiencias, anhelos y sueños, y depositarlos en un proyecto.

Resulta interesante analizar que sólo después de esta discusión pública, abierta, en donde la crítica a la vivienda social chilena se hizo masiva, el Ministerio optó por cambiar el modelo.

Injusto sería afirmar que el cambio respondió sólo a eso, pero parece posible pensar que la presión de la opinión pública ayudó a que este cambio se acelerara. Actualmente, el Ministerio propone una vivienda social con posibilidades de crecimiento progresivo.

¿Debemos esperar a que una película chilena nos muestre los problemas en los espacios de trabajo para comenzar a pensar en ellos?

Se estima que a lo menos un 30% de nuestro tiempo lo pasamos en espacios destinados al trabajo, siendo necesaria la discusión sobre sus características y cómo ellas afectan en la productividad, la salud física y psíquica, la cultura organizacional o el compromiso de los empleados con su compañía.

La tipología de edificios destinados al uso de oficinas está establecida generalmente por una envolvente o fachada, la determinación de núcleos de ascensores y baños, y el resto es lo que denominamos “planta libre”. El arquitecto diseñador del edificio no se comprometerá, por lo general, a diseñar lo que la futura compañía decida organizar al interior de esa planta libre, y en la mayoría de los casos será otro profesional el que defina el lay-out de la oficina.

En la actualidad, tanto el mercado del equipamiento que tiene establecido claramente un mobiliario estandarizado (trabajo del ámbito de los diseñadores industriales), y lo que llamamos “estaciones de trabajo”, determinan una cantidad de espacio virtual conformado por muebles. Cuando se debe determinar el lay-out de la oficina, la mayoría de las veces éste es el resultado del armado de un puzzle, conformado por la suma de estaciones de trabajo (que ya vienen definidas de fábrica). Pareciera que la labor del arquitecto, cuando interviene en estas “plantas libres”, queda reducida a la construcción del puzzle con piezas prefabricadas.

¿Estamos aportando una visión que va más allá de resolver aspectos netamente funcionales? ¿Consideramos en nuestro diseño la infinidad de variables técnicas como la climatización, iluminación, acústica o prevención de riesgos? ¿Consideramos que los que ocupan las estaciones de trabajo son personas diferentes entre sí y que realizan funciones diversas que afectan su espacio de trabajo?

Cabe destacar que las decisiones que se toman en las grandes instituciones relacionadas con temas de infraestructura, siguen estando casi exclusivamente en manos de economistas y el arquitecto aparece, en la mayoría de los casos, como un asesor externo que cumple un único rol de diseñador, ajeno

a las discusiones iniciales que se basan generalmente sólo en aspectos cuantitativos más que cualitativos, y ajenos al futuro funcionamiento de su proyecto una vez construido. Esta relación des-comprometida, no necesariamente por elección del profesional, determina un tipo de aporte sumamente limitado. Con esto, en el ámbito de los espacios de trabajo, siguen primando sólo los aspectos económicos y el análisis se limita, la mayoría de las veces, a la aplicación de una fórmula: número de metros cuadrados dividido por número de personas. Esto da la cabida, pero nos olvidamos que las funciones que esas personas realizan son de características completamente distintas.

Por tales razones, la tipología que corresponde a espacios corporativos es, sin duda, una tipología especial, no sólo por los cambios que se han experimentado en los últimos cien años en la forma de realizar el trabajo, sino porque corresponde a una tipología que debe acoger cambios tecnológicos en informática, comunicaciones y materiales de construcción.

La necesidad de discutir y analizar con una visión crítica la caracterización de los espacios de trabajo (oficinas) y su directa relación con la habitabilidad, productividad y roles que ejercen cada uno de los miembros de una empresa, debe ser un tema significativo para los profesionales encargados de proyectar dichos espacios.

¿Está considerando la sociedad la opinión del arquitecto como válida en este tema? ¿Tiene acaso el arquitecto una postura claramente fundamentada e informada para enfrentar estos desafíos? ¿Con qué herramientas concretas cuentan los arquitectos para comprender esta problemática?

Los diseñadores debemos hacernos responsables de nuestros proyectos, tanto con los usuarios de los espacios como con quienes deben financiarlos. No debemos olvidar que no obstante haberse pensado que el trabajo iba a ser a distancia, gracias a la tecnología de las comunicaciones, las corporaciones siguen necesitando tener una “presencia física”, en la ciudad, y están dispuestas a invertir sumas millonarias para estar ubicados en los lugares donde el suelo es más caro. Por lo anterior, no es trivial la cantidad de metros cuadrados con que debe contar una compañía, pero a veces un criterio netamente económico lleva a soluciones de hacinamiento de empleados, lo que genera, al igual que con la vivienda, graves trastornos físicos, emocionales y psicosomáticos.

La compleja ecuación de calidad versus costo del espacio de trabajo

Según el psicólogo y doctor en Ergonomía, Horacio Rivera,

y la diseñadora Laura Sánchez, la carga mental es entendida como el costo psicológico, resultante de la ecuación entre las exigencias de la tarea y las características del trabajador. La carga mental se conforma de una carga cognitiva, la que depende de la organización de la tarea, y una carga afectiva, la que se relaciona con el contenido del trabajo, las relaciones interpersonales y el clima laboral de una empresa. La carga cognitiva se expresa a través de la concentración, la memoria a corto y largo plazo, la reacción, etcétera, mientras que la carga afectiva es la percepción que el trabajador posee acerca de las características y demandas de la tarea. Alude al grado de satisfacción - motivación obtenida del trabajo y a la calidad de las relaciones humanas dentro de la organización.⁹

Sostienen, además, que cuando un trabajador está sometido tanto a una sobreexigencia como a una subexigencia de carga mental, se producen graves consecuencias, sea para la compañía como para el trabajador. Para la compañía, aumenta la rotación de personal, el ausentismo, las licencias médicas y los accidentes. El empleado puede sufrir ansiedad, frustración, desinterés, insatisfacción, irritación, agresión, alcoholismo, tabaquismo y alteraciones sicosomáticas.¹⁰

El espacio físico en el cual un empleado trabaja genera un fuerte impacto, tanto en la carga mental como en la física. La falta de ventilación, el exceso de calor o frío, la ausencia de luz natural, la poca privacidad, la carencia de espacios para guardar y mantener en orden el material con el que se trabaja, el ruido constante que impide que se realicen tareas que requieren concentración, etcétera, son sólo algunos de los factores que determinan si el trabajo puede desarrollarse en condiciones adecuadas.

La infraestructura física en las empresas tiene un alto costo, no sólo por el impacto de su construcción, compra o arriendo, sino por el gasto permanente que implica mantener las instalaciones (energía para la iluminación, sistemas de climatización, aseo, etcétera). Es por eso que las compañías necesitan optimizar al máximo sus superficies, y muchas veces optan por generar concentraciones de empleados en espacios insuficientes para que éstos puedan desempeñar sus funciones en forma normal.

Sumado a las necesidades de conciliar aspectos económicos con diseño, una de las características de las empresas en la actualidad es la rapidez en los cambios internos. Las fusiones, compras y necesidad permanente de adaptación a un mercado cambiante, son nuevos aspectos a considerar en los diseños, y lo que se espera es que las propuestas se enmarquen en esta nueva realidad. La movilidad acarrea necesariamente cambios en la estructura física de una empresa, y es frecuente que las

compañías necesiten expandirse o reducirse con la misma rapidez. Este hecho hace que los diseños de espacios de trabajo deben ser capaces de acoger cambios en forma rápida y eficiente, siendo necesario reinventar un diseño a partir de la flexibilidad.

El rol del arquitecto

*"Crear, lo que se dice crear, no es humano:
Lo humano es quizás descubrir lo creado,
y descubrir es tal vez errar,
es decir,
vagar mas allá de lo conocido equivocándose,
porque el hallazgo que puede parecer estéril,
ayuda a descubrir lo que es fecundo:
un descubrimiento exitoso
está formado de un 99% de fracasos."*

Germán del Sol, 18 julio 2003

Actualmente, en Chile, existen cuarenta y cuatro Escuelas de Arquitectura. Dieciocho escuelas están en Santiago, trece en el Norte y trece en el Sur del país. En el año 1980, sólo había quince escuelas que impartían la carrera de arquitectura. En el 2003, esta cifra aumentó a veintinueve, y en los cinco últimos años se han abierto quince escuelas más. Se estima que el número de alumnos matriculados en primer año de arquitectura durante el 2008 son 3.340 en todo el país. Ya que el promedio de arquitectos titulados es de un 33,4% por escuela, es posible hacer una proyección y llegar a la cifra de 1.470 arquitectos titulados por año.¹¹

Se estima que en los próximos diez años se titularán en Chile más arquitectos y diseñadores que los titulados en los últimos cien años.

Sin embargo, y a pesar de estas cifras, son escasos los arquitectos que participan activamente al interior y en el funcionamiento de una corporación, ya que normalmente los cargos de administración gerencial están reservados para los ingenieros.

Según una encuesta realizada por la Universidad Católica, sólo el 14,1% de los arquitectos encuestados tiene contrato. Un arquitecto puede pasar su vida laboral sin Isapre, AFP, ni indemnización.¹² Ante este escenario, cabe retomar las preguntas que nos hicieramos antes: ¿Está considerando la sociedad la opinión del arquitecto como válida en el tema de los espacios de trabajo? ¿Tiene acaso el arquitecto una postura claramente fundamentada e informada para enfrentar estos desafíos? ¿Con qué herramientas concretas cuentan los arquitectos para comprender esta problemática?

La formación de los arquitectos debe orientarse para que sean capaces de enfrentar proyectos que estén enmarcados en normativas, en leyes de edificación, en la capacidad de hacer un edificio que se estructure y sostenga, además de ser competentes para regirse por un presupuesto definido y, sobre todo, responder a los anhelos y necesidades tanto de los usuarios como de nuestro cliente. Qué más cercano a un escenario completamente normado está nuestro quehacer, que además no es un trabajo solitario, como lo podría ser la obra de un pintor, escultor o poeta, sino que debe situarse en el contexto de un trabajo en equipo, con otras disciplinas fundamentales para que el proyecto pueda llevarse a cabo.

La sobrevaloración del diseño como única posibilidad de desarrollo profesional para el arquitecto en un escenario de 1.500 profesionales que se titulan al año en Chile, es una realidad sobre la cual debemos reflexionar. Como habíamos mencionado antes, la arquitectura es una actividad que se enmarca en condicionantes claramente normadas, en donde el diseño estético por sí solo no tiene ninguna importancia si se dejan de lado otros aspectos que intervienen. Las variables que definen un buen diseño son mucho más amplias que el solo concepto estético. No por eso despreciaremos este último, que ojalá esté presente en todas las obras que proyectemos.

En el caso de los espacios de trabajo, como una rama de la arquitectura que es reciente, en comparación a otras tipologías de edificios, los desafíos profesionales que debemos enfrentar son considerables: es fundamental que la enseñanza de la arquitectura incorpore esta nueva temática; de lo contrario, los arquitectos seguiremos perdiendo posición al momento en que las corporaciones decidan acerca de su infraestructura. Seguirán primando los criterios puramente económicos por sobre las condiciones en las cuales los empleados deben desarrollar su trabajo. Seguiremos enfrentados a licencias médicas, ausentismos y graves trastornos producto de espacios no adecuados.

Efectivamente, las variables que se deben considerar en la época actual son diferentes a las que existían hace cien años. Probablemente, Emilio Jecquier, al proyectar el Palacio de Bellas Artes de Santiago, tuvo que dedicar tiempo al diseño de los decorados, la cúpula y la ornamentación que acompaña todo el edificio. Sin embargo, no tuvo que definir un sistema de climatización, de redes computacionales ni dispositivos de seguridad para el Museo.

Las complejidades siempre existen, sólo que van cambiando acorde a los tiempos. No obstante, no cabe duda de que el arquitecto que proyectó el Museo debió ser alguien muy riguroso en su quehacer; debió, además de definir, coordinar los miles

de detalles de todos los elementos del proyecto. Debió dibujar e imaginar una y mil veces cómo se verían cada una de las fachadas, las barandas de las escaleras, las puertas, etcétera.

Hace cien años el concepto de estandarización no existía; el trabajo se desarrollaba a la manera de un artesano, y en ese ejercicio de paciencia, con todas las limitaciones y falta de herramientas, los plazos también contaban.

Si asistimos hoy a una entrega de proyecto de título de cualquier alumno de arquitectura, nos encontraremos con imágenes, fachadas y perspectivas dibujadas con herramientas computacionales que diseñan un escenario fabuloso, animaciones en tres dimensiones que nos permiten recorrer en forma virtual los espacios interiores. Sin duda, son herramientas de mucha utilidad para proyectar y que don Emilio Jecquier no tuvo. Sin embargo, pareciera que se dedica un tiempo excesivo a dichas presentaciones atractivas que “venden” mejor el proyecto, pero encubren también las carencias en otros aspectos del mismo. Debemos aprovechar el avance de la tecnología en nuestro quehacer, no sólo de las herramientas que nos permitan expresar el proyecto, sino también el avance en los materiales de construcción que nos posibilita proyectar con menos limitaciones. ¿Eran acaso todos los arquitectos de hace setenta o cien años atrás buenos diseñadores desde el punto de vista estético?

Esta pregunta surge simplemente del análisis de nuestra ciudad, sin considerar los edificios tales como el Museo de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional, la casa central de la Universidad Católica, o el edificio de la Bolsa de Comercio, todos ejemplos surgidos en una época academicista, resultado de una formación basada en la escuela francesa Bossariana, en que la rigurosidad de las formas, de la proporción áurea, de los detalles de decoración, aseguraban un producto estéticamente perdurable por su solemnidad. Estoy pensando en aquellas modestas pero dignas viviendas surgidas en las primeras dos décadas del siglo XX, en donde no se pretendía resaltar cada elemento por sí solo, sino acorde a un conjunto armonioso, en que las intervenciones eran discretas, sin necesidad de mucha decoración, como los ejemplos que aún rescatamos con nostalgia del barrio poniente de Santiago. ¿Sería posible que todos fueran buenos diseñadores o simplemente rigurosos en su quehacer profesional? ¿Qué tan rigurosos estamos siendo hoy, enfrentados a un ritmo vertiginoso de cambios tecnológicos que impactan nuestros diseños?

Los espacios de trabajo no son sólo el lugar físico en el cual se desarrolla una tarea; son, además, el espacio mental desde el cual reflexionar acerca de la labor que desempeñamos, y el lugar que dicha labor ocupa en nuestras vidas.

El trabajo ocupa una gran parte de nuestras vidas. Pasamos mucho tiempo en los lugares en los que trabajamos; establecemos redes sociales a partir de nuestras comunidades laborales, y el trabajo se ha convertido en nuestra principal preocupación. Cada día más el ser humano está sometido a mayores exigencias de productividad, eficiencia y rentabilidad. Nuestra responsabilidad como diseñadores del hábitat laboral no puede considerar sólo aspectos cuantitativos, ni tampoco puede dejar de pensar en los costos comprometidos, sin olvidar que son seres humanos quienes ocuparán esos espacios.

“En nuestra cultura de imágenes, la propia mirada se aplana en una de ellas y pierde plasticidad. En vez de experimentar nuestro ser-en-el-mundo, lo contemplamos desde afuera como espectadores de imágenes proyectadas sobre la superficie de la retina”.¹³

La cultura contemporánea sobrevalora la imagen visual por sobre la experiencia vivida. La posibilidad de “ver” y “visitar” tanto a través de libros y revistas, como conocer virtualmente las obras arquitectónicas, a través de recorridos computacionales o la web, si bien aportan a la posibilidad fácil y accesible de abarcar una gran cantidad de proyectos, nos limitan a su experiencia focalizada únicamente en el campo visual, dejando de lado, como si no fuera importante, la vivencia de la persona en el espacio, la que conlleva una experiencia perceptiva mucho más compleja.

Esta costumbre, tan arraigada de conocer y analizar obras de arquitectura sólo a través de registros únicamente visuales, tiende a poner en valor sólo los “aspectos formales y aparentes” de la obra. En el caso de la arquitectura corporativa, la preocupación del diseño se enfoca principalmente en la fachada del edificio y lo que éste “representa” como un objeto sobresaliente en el contexto urbano. Se tiende a olvidar que millones de personas habitan el edificio a diario; sostienen compañías y familias. El rol del arquitecto en la concepción y diseño de los espacios corporativos debe profundizar en el estudio tanto de las nuevas tecnologías constructivas y de comunicación como en el estudio de las condicionantes en las cuales las personas deberán habitar gran parte del tiempo de su vida.

- 1 J. Ferrater Mora “Diccionario filosófico”, Barcelona, Editorial Ariel, 1994, pp.1085-1086.
- 2 Norberg-Schulz, Christian, “Existencia, espacio y arquitectura”, Editorial Blume 1975, p.11.
- 3 Corominas, Joan, “Breve diccionario etimológico de la lengua castellana”, Madrid, Editorial Gredos, 2000, p 577.
- 4 García de la Sierra, Eduardo, Apuntes clases Facultad de Economía Universidad de Chile, 2004.

- 5 Ob. Cit.
- 6 Contreras, Candela, Tesina “La incidencia del desempleo en el auto-concepto”, Facultad de Humanidades, Licenciatura en Psicología, Universidad de Belgrano, 2004. Cita a Jacques Elliot, “Glaciers Project papers”, Londres, Editorial Hainemann, 1965.
- 7 García Canelini, Néstor. “Latinoamericanos buscando lugar en este siglo”, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2002.
- 8 Información extraída de las clases del profesor Horacio Rivera para el Diplomado en Gestión y Diseño de espacios corporativos, dictado por la Universidad Finis Terrae, 2008.
- 9 Rivera, Horacio, Sánchez Laura, Contenido de clase mismo Diplomado.
- 10 Ob. Cit.
- 11 Revista CA Nº 134 (Abril- Mayo 2008).
- 12 Revista CA Nº 134 (Abril -Mayo 2008) Entrevista a Christine Filshill.
- 13 Pallasmaa, Juhani, “Los ojos de la piel”, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2006.